

## **Las primeras acciones y el origen de la mística rodriguista**

La llegada de Ramiro a Chile el 2019, extraditado desde Brasil en una operación que buscaba perpetuar (O por lo menos extender lo más posible) su castigo cuando se acercaba la posibilidad de obtener beneficios carcelarios, me influenció profundamente, en ese momento la solidaridad con un compañero de tan destacado recorrido en las luchas de nuestro pueblo se mostraba como una necesidad profundamente ética, ante una arremetida brutal que lo buscó (y sigue buscando) pintar como un asesino brutal y antidemocrático, levantar la solidaridad con Ramiro significaba mantener vivo el tejido histórico de las luchas populares, contra la dictadura y también contra la democracia de la miseria.

Ahora, casi 6 años después de su vuelta a Chile nos enfrentamos a un panorama muy distinto pero causado por las mismas razones, la negación a otorgar el tratamiento médico adecuado es solo una de las innumerables injusticias que ha soportado Ramiro como parte de un intento de usar su ejemplo para silenciar la justa rebelión de los pueblos ante la tiranía.

El siguiente texto es un capítulo del libro de Ramiro publicado en 2020 “Un paso al frente” que contiene una serie de relatos desde la experiencia de Ramiro en el FPMR, me parece que leer este relato es lo más apropiado para hacer de la memoria un arma verdaderamente efectiva de las luchas populares, aportando en la búsqueda de subsanar la crisis de la transmisión de experiencias.

Con este contexto y entendiendo la centralidad que tiene plantear la lucha por la liberación de lxs presxs políticxs, plantear el tema de la violencia revolucionaria, conectando el sentido de combate diario con los intereses históricos de la clase, es que nos sumamos a la solidaridad activa con Ramiro, por su salud y su libertad inmediata y sin condiciones.

Mario

Militante de Liberación

### **Las primeras acciones y el origen de la mística rodriguista**

Fernando Larenas, durante la Unidad Popular, había sido demócratacristiano, es decir, tenía una postura contraria a la UP. Yo lo conocí jugando fútbol en el barrio, él jugaba de arquero. Era buen arquero, y era bien loco, de hecho le decían el Loco Fernando. En el año ochenta él tenía unos amigos que eran comunistas, y participaban con nosotros, así que un día le pregunté a uno de ellos: “¿Cómo está Fernando?”. “Ahí anda, criticando a Pinochet”, me contestó. Eso me alentó para acercarme a él. Cuando tuvimos partido de fútbol le dije: “Vamos a conversar”. Nos fuimos por ahí, a dar una vuelta, nos detuvimos en una plaza, y le conté que con un grupo de gente estábamos empezando a hacer cosas más serias, más

complicadas, en función de luchar contra la dictadura, y le pregunté cuál era su disposición. Él me quedó mirando, con su cara de loco, y me dijo que si él se embarcaba en algo así iba a ir hasta el final. Quiso saber si la cosa era realmente seria. Le dije que yo tenía la misma inquietud, pero que no dependía exclusivamente de nosotros, pues había cosas que estaban por encima nuestro. De ese modo, Fernando se incorporó a trabajar en una base de la Jota (no en la que estaba yo, pero en el mismo barrio, muy cerca). Entre esa base y la nuestra se daba mucho la emulación: cuando nosotros hacíamos un rayado, ellos seguían nuestro ejemplo y hacían otros. Teníamos todo el cerro rayado con consignas, aunque ellos hacían unos rayados mucho más grandes y más difíciles, en muros altos a los que era complicado subirse. Esa era una característica de Fernando, era muy temerario, muy audaz. Las vueltas de la vida nos llevaron a encontrarnos otra vez en Santiago, él teniendo ya toda esa experiencia adquirida y ese desarrollo como combatiente. Yo creo que él sentía que estaba usurpando un terreno que no era el suyo, pues yo lo había invitado a incorporarse a la lucha y sabía que había sido siempre de izquierda, mientras que él no, así que cuando me llamó para ir a Santiago inmediatamente me habló de Rodrigo, me habló muy bien de él, y a Rodrigo también le había hablado de mí (esto lo comprobé después por el mismo Rodrigo).

Me fui a Santiago, entonces, en mayo del ochenta y cuatro. En ese momento Joaquín estaba preso en la cárcel de Valparaíso. Julio Guerra, que había llegado con Fernando Larenas de su formación en Cuba, también estaba trabajando en la capital. A mí me asignaron la responsabilidad sobre tres grupos, algo así como Jefe de Zona en Cerrillos-Maipú. Unos ayudistas del Frente me facilitaron una pieza donde podía vivir. Yo no conocía bien Santiago, no había ido más de diez veces en mi vida, era un salto bastante grande irme de Valparaíso para allá. Eso tenía su lado positivo desde el punto de vista de la seguridad, porque no me conocía nadie.

Por esos días, en junio, había habido un ataque al Batallón de Inteligencia, en plena Alameda, donde participó Víctor Díaz. En esa operación hubo heridos. Víctor Díaz fue uno de ellos y también el jefe de grupo, Luis Belmar. La estructura del Frente estaba teniendo problemas para conseguir una clínica segura. Eso lo supe después. Yo recién estaba asumiendo mi cargo, y para ese entonces ya me había reunido con uno de los Jefes de Grupo, quería saber cómo eran los combatientes y su nivel de instrucción. En eso llega el compañero que se me había presentado como Jefe de Santiago. Él andaba en un Subaru, que era un vehículo pequeño, y llegó con el auto hasta mi casa, cosa que no era muy recomendable en términos de seguridad (y en el Frente éramos bastante estrictos en ese tipo de cosas). Yo era un subordinado, estaba como cinco escalones más abajo que él, y fue a decirme que tenía que preparar el secuestro de una ambulancia, que con los grupos de los que yo disponía, en una semana tenía que hacer un plan para conseguir una, porque había un “problema”, pero no me contó nada más. Sólo me pidió que cuando yo tuviese el plan listo me comunicara para que me dijera cuál iba a ser el día y por donde debía llevar la ambulancia para recoger a un compañero herido. ¡Quedé

loco! ¡Ni siquiera conocía un hospital en Santiago y tenía que conseguir una ambulancia, tomándola a la fuerza!

Comencé a darme vueltas por una clínica en Maipú que tenía ambulancias, viendo los horarios. Pasaron unos cuatro días, yo estaba en la casa de los compañeros ayudistas viendo las noticias cuando veo el auto, el Subaru, por la televisión, lo habían interceptado y acribillado en la Rotonda Departamental, donde habían muerto dos personas. Yo pensé que el compañero había muerto. Pensé: “Murió mi jefe, quedé solo aquí, botado”. Antes me había visto con Fernando, y teníamos un encuentro que era irregular, porque él era de otra estructura, pero más o menos cada semana hacíamos un contacto. Rodrigo había autorizado ese cruce, porque yo estaba recién llegado a la capital y consideraba que era bueno que Fernando estuviese echándome una mano. Cuando vi la noticia, al día siguiente me fui a un punto de emergencia que tenía con Fernando, en la estación Rondizzoni del Metro. Fernando andaba en una moto, se acercó a mí con el casco puesto, yo lo miré desconfiado (no sabía que era él ni que anduviera en moto), se levantó el casco y lo pude reconocer, me indicó que me subiera. Nos fuimos a una fuente de soda a conversar y él estaba visiblemente impresionado, porque no se convenía que era yo la persona que tenía enfrente suyo. En ese tiempo me había dejado barba y andaba con un gamulán, y en la foto que apareció en el diario, en que estaba Patricio Sobarzo muerto, se veía a un hombre con barba y vistiendo un gamulán, motivo por el cual, cuando Fernando vio la noticia, creyó que yo era el muerto. De hecho, cuando se vio con Rodrigo a las ocho de la mañana, le dijo: “Pepe murió”. Claro, Rodrigo sabía que ese auto era de la estructura de Santiago, y sabía que yo estaba en la tarea de conseguir una ambulancia, entonces con Fernando miraban la foto del diario, y Rodrigo le decía: “¿Tienes seguridad de que es Pepe?”. Fernando siempre creyó que yo había muerto, por eso cuando nos encontramos, me abrazaba y me decía: “¡No estás muerto!”.

Después que cayó la estructura de la jefatura en Santiago, por el asunto del ataque en la rotonda donde murieron Patricio Sobarzo y Enzo Muñoz, en junio, conocí personalmente a Rodrigo. El día que me vi con Fernando, una de las cosas que me dijo fue que tenía una cita en tres días más con Rodrigo: “Lo vas a conocer”. Nos encontramos en Los Leones, y nos pusimos a caminar y a conversar. Me preguntó de dónde venía y otras cosas, la típica conversación para conocernos un poco, hasta que finalmente me preguntó hasta qué punto estaba dispuesto a asumir grandes responsabilidades; yo le contesté que hasta el punto en que confiaran en mí y que yo me sintiera capaz de asumirlas.

La situación que acababa de vivir el Frente había rebasado los límites en aspectos de seguridad, por eso Rodrigo quería cambiar toda la estructura de Santiago, ¡y me propuso a mí que me hiciera cargo! Yo había estado apenas dos semanas intentando hacerme cargo de tres grupos y me asignan esta tremenda responsabilidad. Santiago tenía en esa época como cuarenta grupos, Unidades de Combate, que correspondían básicamente a la anterior estructura del Frente Cero, que de un día para otro pasó a llamarse Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Lo primero que le dije fue que yo ni siquiera conocía las calles de Santiago, que

esa responsabilidad me superaba. Rodrigo me explicó entonces que no había otra persona y que él me iba a ayudar directamente. Así comencé a trabajar con él, nos reuníamos todas las semanas y me ayudó bastante. A final de año terminó esa tarea y me entregaron el mando de grupos especiales. Yo conocía los cuarenta grupos que había en Santiago, por lo tanto, tenía que escoger de ahí a quienes conformarían esos grupos especiales, a los que yo considerara los mejores. Así que elegí un grupo de Puente Alto, donde estaba Patricio González, otro de Conchalí, donde estaba el Negro Oscar, y otro de Santiago Centro. A esos grupos comencé a darles instrucción y preparación. El accionar durante el primer año del Frente fue esencialmente de propaganda armada, para mostrar que este nuevo referente existía; el objetivo político era darse a conocer hacia fuera. Internamente se trataba de foguearse, ganar experiencia e ir perdiendo el miedo. Ese período duró seis meses. Luego, en agosto, cuando se produjo el asalto a las armerías, las acciones adquirieron una perspectiva más compleja. En esa ocasión actuaron tres grupos operativos juntos, por lo que, desde el punto de vista de la coordinación, había una serie de variables que manejar. En ese tipo de armerías no hay armas de guerra, tienen más bien escopetas y armas cortas, así que, desde un punto de vista concreto, el tipo de armamento que recuperamos no era un gran aporte, por lo que primaba más bien el aspecto propagandístico de la acción. Esa operación la hizo el Destacamento del Frente, que ya tenía un tramo recorrido, eran compañeros que llevaban un tiempo realizando acciones. Porque la primera operación compleja del Frente fue la ocupación de Radio Minería, donde actuó todo el Destacamento. En un sector que era muy peligroso, por tener mucha densidad enemiga, mucha fuerza represiva. Pero salió limpia, sin un disparo. Las mejores acciones son aquellas en que no se da un solo tiro.

La recuperación de armas de la Armería Italiana adquirió también una significación especial porque hubo un enfrentamiento donde, por primera vez, cayeron en combate dos de nuestros compañeros. El 23 de agosto de 1984 cayeron Julio Oliva y Roberto González. Aunque, para ser exacto, el primer caído nuestro fue Moisés Marilao<sup>1</sup>, (26\*\*) el compañero encargado del

---

<sup>1</sup> Moisés Marilao Pichún se formó militarmente en Cuba y participó en la Revolución Nicaragüense. Fue el primer oficial del contingente internacionalista en Nicaragua que ingresó a Chile como uno de los diez combatientes elegidos por Raúl Pellegrin para sentar las bases de la estructura del FPMR antes de su aparición pública. Fue designado jefe responsable del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en la zona sur de Chile, cuya dirección tenía como centro a Temuco. Cayó detenido por sospecha a pocos meses de su ingreso al país; lo mataron el 19 de abril de 1984 y su muerte se presentó como resistencia a la autoridad. Tenía 33 años en ese momento. De acuerdo con los antecedentes obtenidos, fue ejecutado junto al cabo Alberto Neumann, perteneciente a la dotación de la misma unidad policial. Ambos crímenes fueron calificados por la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación como violaciones a los Derechos Humanos.

Frente en el sur, que es detenido y ejecutado al intentar escapar de una comisaría en Temuco, en abril de ese mismo año. Hay varias cosas confusas en ese incidente, por eso no se menciona mucho, pero lo que es claro es que fue asesinado. Hasta ese instante no habíamos realizado ataques a las fuerzas represivas de manera contundente. Hasta que se atacó en Valparaíso un bus de Fuerzas Especiales de Carabineros, con un sistema de cargas vietnamitas emboscadas que se activaron al paso del ómnibus, produciendo varias bajas de carabineros.

Nosotros teníamos la costumbre de realizar partes operativos, cada parte lo confeccionaba el Jefe del Grupo, quien lo hacía llegar a la Dirección, para que ésta, a su vez, lo entregara al equipo que hacía los contactos con la prensa. Otro elemento que jugó un papel importante en nuestro nacimiento y desarrollo fue el rol que cumplieron los ayudistas, a los que nunca se les ha dado el suficiente reconocimiento. Su labor fue decisiva para el quehacer del Frente. Se trataba de personas solidarias, que prestaban su casa, o prestaban un auto, o guardaban alguna cosa, o iban a observar un lugar que luego sería escenario de una acción, y nos informaban. Por mi experiencia, en un comienzo pasé por más de treinta o cuarenta casas, que ahora no podría decir dónde quedan. Casas en sectores populares, que usábamos para reunirnos, concentrarnos, o tomar un curso de uno o dos días. A veces llegaba un compañero de Santiago y nos juntábamos en una casa, llegaban enmascarados incluso, y nos daban una instrucción básica. Todo lo que comíamos en esos días era un té y un sándwich. Era todo bien austero, porque no había dinero, pero contábamos con la ayuda solidaria de los compañeros. Sin lugar a dudas, sin todo ese apoyo habría sido mucho más difícil dar la lucha que se dio. Pero eso siempre va a existir, es propio de la solidaridad de la gente, que abre sus puertas a los que luchan. Ahora, hay que reconocer que todo eso que sucedió en la primera fase de la historia del Frente, se daba sobre un piso concreto, que era la orgánica ya existente del PC, aunque también había gente que nos ayudaba pero que no eran militantes comunistas, eran simpatizantes.

Durante el primer año de existencia del Frente ya se había desarrollado una mística *rodriguista*, que no era la misma mística comunista; desde ese punto de vista, el Frente ya había empezado a desarrollar un perfil propio, que esencialmente tenía que ver con una ética. Lo que no es nada nuevo en el movimiento revolucionario: así pasó con el ERP en Argentina, con los sandinistas en Nicaragua, con el Movimiento 26 de Julio en Cuba, con el MIR en Chile, es la misma escuela, desde el punto de vista valórico, desde el punto de vista de la subjetividad. Para esa ética hay principios básicos que deben respetarse, por ejemplo, no se deja a un compañero herido en combate, se lleva; un jefe no puede entregar órdenes o dar una tarea que no esté dispuesto a cumplir por sí mismo, los jefes deben dar el ejemplo; no hay trabajo oficinesco o burocrático para un revolucionario; la mística *rodriguista* era, en definitiva, la moral guevarista, la moral del Che, que se expresaba a través de nuestra conducta ética, con el ejemplo personal.

Cuando alguien asumía una responsabilidad en el Frente, ese combatiente venía con una trayectoria, todos los que integramos el Frente teníamos experiencia en el quehacer armado. Porque no puede haber un jefe operativo, con responsabilidad sobre una zona, por ejemplo, que tenga que decidir una campaña operativa de veinte unidades, que nunca haya tenido experiencia ni siquiera en un grupo. Son los burócratas, sin experiencia de lucha, los que piensan que un grupo es sólo un número: veinte combatientes, cien combatientes, sólo números. Si murieron dos, entonces son dos menos, se restan, se borran. Eso no puede ser así, y Rodrigo hacía mucho hincapié en eso, quienes morían tenían nombre, sabíamos quienes eran, en qué condiciones quedaba su familia. Había una serie de preocupaciones desde el punto de vista humano. Esos énfasis construyeron nuestra mística. Son cuestiones subjetivas, detalles que se van forjando en el trabajo, pero que hacen una diferencia. La misma promesa que se hacía al ingresar a la organización, y luego en los acuartelamientos antes de las operaciones, cuando se ponía el himno del Frente y se cantaba, todo eso contribuía a las convicciones y a la decisión con la que se hacían las cosas.

Desde el punto de vista de la preparación técnica, hubo momentos en que todos los grupos del Frente habíamos pasado por cursos. En el grupo de cinco personas al que yo pertenecía, los cinco habíamos tenido preparación en Cuba. Eso nos daba una calidad operativa bastante superior a la de la policía, es decir, si ese grupo se enfrentaba a cinco policías, tenía una superioridad inmediata en la preparación. Sin contar que, además, nuestra moral combativa era a toda prueba, porque teníamos la convicción de estar luchando por una causa justa. Eso nos hacía superiores en el combate. La dificultad de las operaciones urbanas es que no se pueden prolongar demasiado, porque te cercan rápidamente. Tienen que ser acciones de irrupción breve, y salir en seguida. En ocasiones se pudo haber aniquilado algunas fuerzas, aunque algunos compañeros quedaran heridos, pero yo no recuerdo que se haya decidido hacer operaciones de aniquilamiento (que es un tipo de operación urbana), porque por esa vía no íbamos a ganar, debido a la desigualdad numérica, los enemigos se contaban por miles. Más que la destrucción material, teníamos que enfocarnos en otro tipo de acciones, que fueran afectando su moral y ganando la simpatía popular.

A los que sin duda teníamos la voluntad de aniquilar, era a los agentes de la CNI<sup>2</sup>, pero era difícil encontrarlos. Eran más bien encuentros fortuitos, enfrentamientos que se daban en la calle, pero encontrar un lugar donde hubiese dos o tres CNI era muy difícil. Ellos se cuidaban, conspiraban, andaban de civil, y cuando los fuimos a buscar a sus cuarteles, siempre

---

<sup>2</sup> El 12 de agosto de 1977 la Junta Militar deroga el Decreto Ley que en 1974 había dado origen a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) y dicta el decreto que crea la Central Nacional de Informaciones (CNI). La principal diferencia entre ambos aparatos represivos es que el primero dependía de la Junta de Gobierno, en cambio la CNI pasa a depender directamente de Pinochet. También se aprecia un cambio de táctica entre ambas instituciones: la CNI recurre poco a la desaparición forzada de personas, que sí utilizó la DINA, pero en cambio opta por los falsos enfrentamientos, los seguimientos, amedrentamientos, detenciones ilegales y la tortura.

resultaron tiroteos desde fuera, no fueron asaltos, eran ataques externos, de dar algunos tiros y retirarse, sin saber si algún CNI había quedado herido. Esos ataques consistían en pasar en una camioneta, dar unos tiros a los guardias y seguir. Los demás estaban bien protegidos.